

ROUTE, hebdomadaire de la FIJL en France

Année VI Prix 12 frs. N° 198

Rédaction et Administration
4, rue Belfort, Toulouse (Hte.-Gne.)
2 juillet 1949

GIROS a
PABLO BENAIGES
C-C Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Precio de suscripción: trimestre, 150 frs.; semestre, 300; año, 600

S.D.I.C.



La guerra es el triunfo de los cuervos. La paz es la victoria de los Hombres.

Acracia nació sonriendo

Del mismo modo que no se puede encerrar el mundo en una fórmula sintética, en un garabato, en una ecuación, no puede encerrarse en una caja de tesoros una concepción tan vastísima como el ideal anarquista. Los preocupados y meditados ante el punto muerto o descansillo de zaguán a que han llegado las ideas libertarias debieran orientar sus pesquisas en el sentido de las limitaciones y localismos impuestos a las ideas por los que se reclaman frecuentemente sus más fieles y celosos guardianes. El celo de los demás, el de los avisados realistas de salón, de antesala o de plaza-forma política, no nos interesa o nos interesa poco. Que tarea constante es en los aprendices de notoriedad, arrasar y demoler cual-

quier obstáculo que estorbe sus apetencias de lucro personal. Las calamidades que lamentamos son, en su mayor parte, fruto de nuestras propias siembras. Importa en primer término depurar nuestra propaganda. Ciertas apologías, al heroísmo, a la san-

Por J. Peirats

gre y al martirio, son de un sabor groseramente religioso. Ciertas requisitorias, so pretexto de la arbitrariedad y de la injusticia, son verdaderas incitaciones a la venganza. Se habla demasiado de las pasiones y poco a los sentimientos. Vivimos sumergidos en

un baño de tragedia que nos viene del Estado y sus valedores la religión y el militarismo. Y por si ello fuese poco nos empeñamos en dramatizarlo todo. Sin cara larga de enterrador no se concibe al orador perfecto. Hay quien proscribió la agudeza como si se tratase de una herejía. Y al entusiasmo sano sucede a veces, muchas veces, más de las pertinentes, la ostentación vulgar lindante con lo grotesco.

Desde que se inauguraron los colorines, la bandera chillona y el cancionero de mal gusto, el ru-sible coplero pseudo-libertario; desde que contamos con iconos y santos, ya no falta más que el rezo, el cepillo y el agua bendita. El amuleto supersticioso se lleva en la solapa, bajo forma de anillo o en el chapado del reloj.

Y al tono jupiteresco de nuestra propaganda tribunicia, con exaltaciones al misticismo, reverencias a la sangre y al martirio, se junta, también con frecuencia, et tono casero, de ir por casa, de nuestra propaganda escrita. Nos hablamos demasiado a nosotros mismos, gustamos de recrearnos oyendo las mismas frases auto-encomiásticas seguidas de recaladas zarabandas contra los demás. Raramente se aventura uno a hablar para los demás. Los demás no existen apenas. Y así, paso a paso, vamos levantando un mallón chino entre lo que llamamos propio y el mundo que nos rodea.

En la época de las blasfemias contra la cortina de hierro no estaría mal demoler todos los obstáculos, mentales por lo que confiere, que nos apartan de la vecindad. Una vecindad que juzgamos casi siempre ligeramente, con mentalidad judaica, de pueblo elegido.

Habiendo para sí, o ante el espejo de sí mismo que son los propios, podemos permitirnos los mayores dislates. La irresponsabilidad de ciertas afirmaciones evaluarse teniendo en cuenta al hablar a propios y ajenos en presencia.

No se trata de herosear el ideal, de hacerlo agradable y atraerle como una goisina. Nuestro ideal es hermoso por sí mismo. Se trata de no alear lo que es bello con salidas de tono, con vulgaridades tronadas, con mascaradas, misas y pasacalles, con bravatas sin contenido, con desparpados y manoteros. No se trata de acicalar o poner peripuesta a la anarquía, de romperle el ceño y provocar su sonrisa. La anarquía es sonriente; nació sonriendo como una promesa.

Y la anarquía la forman todos los hombres de buena voluntad, todos los hombres con dignidad y con delicadeza de sentimientos, con y sin adjetivos, con o sin carnet.

Nuestro dolorido Max Nettlau, eterno acongojado ante el tardo progreso de las ideas libertarias y del socialismo, lo expresó claramente en una de sus mejores obras («De la crisis mundial a la Anarquía»). «La anarquía no será el fruto de una sola organización y de una sola escuela, será el resultado del esfuerzo de todos los hombres que trabajan por ella, expreso o tácitamente, desde diferentes planos: individualidades dispersas, grupos, comunidades, organizaciones, corrientes de opinión e inquietudes más o menos coincidentes en sus fines desinteresados y elevados.»

La anarquía no es un producto específico sino una síntesis de corrientes animadas por diferentes motivos, más o menos amplios, culturales, científicos, humanistas, revolucionarios, liberales, llamados a la convergencia por la ley de afinidad. Trabajar por la anarquía es provocar esta convergencia borrando tatuajes, arrembando carátulas y mascarones, no asustando al prójimo con rampolneras, dejar de ser papistas y volviendo la espalda a Buda y al omnibliguismo.

Redactor

EDITORIAL

La diplomacia y la guerra

Cuando ronca el cañón, mientras el dios de la guerra consume millones de seres humanos, la diplomacia duerme su sueño invernal. Es la hora de los generales, su estación de labor, el momento de poner en práctica la imbuida teoría inculcada en las academias militares de todas las armas. Habrá paz, estará limpio el horizonte de todo presagio inquietante y en las fábricas de cadetes se sucederán las promociones de aspirantes a conductores de borregada camino del matadero. Para el militar de oficio, para el aspirante a espadón, la paz es una mera palabra, un vocablo hueco, un término convencional invención de gente ociosa, de proyectistas y delinquentes de frivolidades. La paz es en la mente del militar sólo un contraste de la guerra, algo vago, sin categoría propia, necesario para dar contorno, relieve y prominencia a la guerra. Esta es la única entidad; lo otro, la paz, es una entelequia.

En el militarote de charretera y cintajo, el cabeza cuadrada, el que nació para lucir su arrogancia de matachín y aplicar a Newton a la balística, no concibe como natural una sociedad sin conflictos a dirimir por las armas, no comprende las matemáticas ni su derivado la técnica como aplicación al cálculo de resistencia de materiales con vistas a un puente, a un pantano, a la física y astronomía de utilidad civil. El álgebra y las ecuaciones tienen por mira la destrucción progresiva y la mortalidad traumática.

Clausurado el capítulo de la guerra caliente, los militares regresan al cuartel. Empieza entonces el turno de la diplomacia. Viene la reapertura del ciclo de las provocaciones y de las intrigas palaciegas. El pueblo se refuerce en medio de la más horrida agonía cualquiera que sea el resultado de la guerra. Porque el resultado de toda guerra es invariable. Todas las guerras se pierden. Toda victoria es ficticia. El saldo de toda guerra, en el campo de los vencedores y en el de los perdedores, es siempre la miseria económica, la destrucción de la riqueza social, el agotamiento del erario público, la ruina de la salud colectiva, el desenso y relajación de la moral, la incubación de sistemas políticos de fuerza. Toda guerra amortaja al pueblo con la camisa de fuerza del Estado.

"RUTA"

Con motivo de la celebración de los actos conmemorativos del 19 de julio (conferencias, mítines, jiras, etc.) y a fin de recoger para el portavoz juvenil unos fondos la Administración de RUTA, de acuerdo con el Comité Nacional de la F.I.J.L. en Francia, lanza para su difusión en los mencionados actos una RUTA miniatura.

En sustitución de banderitas y otros similares, dicho ejemplar es destinado a ser ofrecido a todos los asistentes a las conferencias precisadas, a fin de que con su óbolo solidario contribuyan al sostenimiento del portavoz juvenil, asegurando así la continuidad de la publicación.

Tenemos la firme esperanza de que todas las FF. LL. de las J.J. LL. y compañeros del MLE-CNT en Francia, aseguran a tal iniciativa, el concurso solidario que merece el interés y la representación de RUTA.

El valor del ejemplar, siendo únicamente el que la voluntad y posibilidades de cada compañero le puedan afectar, todos los grupos juveniles y FF. LL. interesadas pueden encargar las peticiones desde la publicación de la presente nota a la Administración del periódico.

LA ADMINISTRACION.

Valorización del anarquismo

Podemos congratularnos de que se haya emprendido, en RUTA, la publicación de «El Anarquismo», de Eltzbacher. Es ésta una obra que nos es grato recordar, a quienes la tenemos leída, y que, seguramente, irán leyendo con placer aquellos que de ella no tenían noticia.

Con detenida, con meticolosa objetividad científica, estudia el autor de la obra los aspectos fundamentales que, a su juicio, dan contenido y expresión al Anarquismo. Señala las características que se perciben a través de lo expuesto por Kropotkin, Tolstói, Proudhon, Max Stirner, Tucker, etcétera.

Es bueno, para todo aquel que guste de inquirir, de estudiar, rehuyendo todo estancamiento, toda concepción fija, unilateral, percatarse de las facetas que puede revestir el ideal, sin que, en su esencia, en lo que podríamos llamar fundamental, se opongan entre sí. Por ejemplo: en lo que se refiere a la supresión del Estado, todos los matices de tipo anarquista andan acordes; igual en lo que atañe a la explotación del hombre por el hombre, y en recabar la libertad del individuo y de la colectividad. De ahí que, siendo una u otra la modalidad interpretativa: anarco-sindicalista, comunista libertaria, o anarquista individualista, hay un fondo a todas común. Y es ahí donde cabe buscarse el adecuado camino para una actuación conjunta.

Importa, para combatir el seccionamiento, la concepción estrecha, que, a veces, se tiene de las cosas, ampliar el horizonte visual; saber hacer, como aconseja el tan conocido símil de la abeja, que, chupando de una y de otra flor, fabrica la propia miel.

Hemos tenido en España, en el sector libertario, un pensador de talla, Ricardo Mella. No está de más citarlo con frecuencia, ya que muchos compañeros nada suyo conocen. A través de sus escritos, destaca la inquietud del que busca, del que inquiere; del que no se aviene a tomar unos postulados como el creyente que se adapta a su Biblia o a su Korán, en donde cree esta encastrada el aya y omega de su pensar. Tiene a este respecto, Ricardo Mella, dos trabajos magníficos; dos trabajos de éstos que pueden leerse y releerse con singular provecho. Me refiero a «La bancarrota de las creencias» y «El Anarquismo naciente». En ellos destaca el espíritu crítico, antidogmático y la optimista esperanza en el ideal, que no amengua con el tiempo, antes al contrario, se temple cuando se siente hondo; cuando es algo que afecta a la sensibilidad.

El libro de Eltzbacher demuestra de un modo convincente, la riqueza de matices que valoriza a las ideas que nos son queridas, ya que no se circunscriben al pensar de un solo teorizante, ya que no parten de un criterio único, cerrado, sino que están contenidas con profusión de facetas en su conjunto, que interesa conocer por así decir, en un golpe de vista panorámico, aunque luego se haga más o menos hincapié en tal o cual modalidad.

Hasta, por ejemplo, podemos estimar y adaptarnos de cada uno de nuestros pensadores, una modalidad determinada. Hay, pongo por caso, en Max Stirner, una formidable lógica demoleadora, que podemos aplicar a todos los estamentos sociales, y una exaltación del valor individual. Notamos en Kropotkin una ferviente aspiración en lo que podríamos llamar concepción ideológica de ajuste constructivo, con base científica. En Tucker y en Proudhon, es el factor económico el que prepondera. Unos y otros, se atuvieron, por supuesto, a la realidad del momento en que vivían.

Insistimos en lo sumamente aleccionante de esta variedad doc-

Propagar

Ruta

trinal que presenta Eltzbacher en su libro, lo que facilita ampliar el horizonte de conocimientos susceptibles de comprender el Anarquismo, observado con vasta visión ecléctica, libre de influencias exclusivistas, bien sea en el concepto teórico de un Stirner o bien en el de un Tolstói, pongo por ca-

Por Fontaura

so. Hemos visto, a veces, compañeros que, tomando al pie de la letra el contenido doctrinal de su autor predilecto, eran fieles seguidores del mismo. Tal es el caso de los «tolstoyanos» y de los «stirnerianos», obsesionados las más de las veces por una interpretación doctrinal, tomada sin previa meditación del pro y el contra.

Han llegado incluso, por defecto de interpretación, a falsear las propias ideas del autor escogido, por lo que, a través de sus hechos, ha quedado malparada la fama de un Tolstói o de un Stirner.

Se ha dicho que más que el contenido doctrinal del ideal sobre el temperamento individual, es éste el que mayormente influye sobre un ideario. Así, pues, teniendo cuenta esto, podemos constatar cómo, temperamentalmente, se puede tener más o menos propensión a asimilar ideas de éste o de aquel autor. Ahora bien, interesa no desdénar aquellos otros matices que, sin que se acoplen a nuestra manera de ser, no dejen de tener un fondo esencialmente anarquista.

Y ésta es, a mi entender, una de las lecciones que nos ofrece la lectura de la obra de Eltzbacher, «El Anarquismo».

MEDIA VERDAD

El párroco de la iglesia de Etchevarri (Vizcaya) ha pronunciado el bendito haciendo la apología del régimen franquista. El bendito y ensotonado señor, con mucha razón, ha declarado desde el púlpito:

«Mientras que el pueblo está hambriento y desesperado, tenemos funcionarios de la Alimentación que edifican fortunas enormes. El gobierno no se ha preocupado de aportar remedio a esta situación alegando no poseer divisas. Pero, para adquirir lujosos automóviles para uso personal de las personalidades del régimen, las divisas no faltan.

Ya sé que el gobernador civil toma la comunión muy a menudo. Todo ello es bien bonito, pero lo sería mucho más si fuese tan cristiano como su actitud deja suponer.

Mientras tanto (mientras el régimen dura) el pueblo hambriento ve en cada cura un enemigo. El régimen actual se sirve de la iglesia para sus fines, en lugar de servir como proclama. Si el Cristo de los franquistas fuera el verdadero, rompería mis hábitos sacerdotales.»

El cura a que nos referimos ha dicho media verdad. O una verdad entera... pero, en ese caso, falta otra verdad, tan entera como la primera, por decir.

Cierto es que los empleados del Estado franquista, verdaderos apóstoles del Vivillo, hacen «economías» a costa del hambre de los trabajadores. Pero no es menos cierto que entre esos funcionarios se encuentra un elevado porcentaje de ensotonados. Y, más que cierto, que la totalidad de los siervos uniformados del Señor, viven también y muy bien, a expensas del hambre de los españoles. «¿Cuántas joyas se ha vendido la Virgen del Pilar, o la Macarena, para mitigar el hambre de los desamparados? ¿Cuántos mantos ha ofrecido la de Montserrat para cubrir espaldas desnudas? ¿Cuántas lágrimas ha vertido el cristo de Lepanto, llorón de a contraluz, por los que sufren? Pero dejemos a las estatuas de yeso o madera y hablemos de las de carne y hueso.

Cierto es que el gobernador civil de Vizcaya—y todos los gobernadores de todas las provincias de España—tienen divisas para adquirir automóviles. Pero no es menos cierto que el cardenal Segura—y todos los cardenales y cardenalillos de Iberia—caminan sobre ruedas que nada tienen que envidiar a las de «Alfa Romeo» que patea el gobernador de aquella provincia.

Franco no sirve a la Iglesia, ni la Iglesia sirve a Franco, son ambos demasiados voraces para meterse el uno al otro. La Iglesia y Franco se sirven mutuamente, se respaldan, intercambian sus posibilidades opresoras y se de-

ficien en conjunto porque saben que el pueblo los ha reunido para personificar a los enemigos de su libertad.

Franco ha entregado las escuelas a los supditos del Vaticano y estos, como contrapartida, han uniformado a los niños con camisas azules y les han enseñado, a la vez que su doctrina, la doctrina de Falange.

No importa que el cura de Etchevarri lance anatemas sobre el régimen; no importa que algunos clérigos se hallen exilados en Francia; lo único que importa es la institución y ella es tan responsable como Franco de la situación de nuestro pueblo.

«Ha olvidado alguien los campamentos de España convertidos en fortines contra el pueblo? ¿Ha olvidado alguien a aquellas juventudes de acción católica, vivero de confidentes y germen de Falange española? ¿Ha olvidado alguien la historia de la Iglesia en España? ¿Ha olvidado alguien la bendición de los cañones italianos por el primer potentado de la tierra? Nadie ha podido olvidar esos hechos que reflejan hoy, como ayer y como siempre, el nefasto papel que juega la Iglesia en los destinos de la Humanidad.

El gobernador de Vizcaya comulga, sí; pero serían millones de españoles los que comulgarían si en vez de la hostia sagrada dieran un panecillo... en ayunas, naturalmente, porque en ayunas está la mitad del pueblo español. Y los que pueden entretenerse en ir a ingerir el tacaño óbolo alimenticio de la Iglesia es porque tienen, como los funcionarios a que alude el cura de Etchevarri, la despensa bien repleta.

No hay divisas para calmar el hambre de los españoles y las hay para comprar automóviles, clamaba decentemente el cura aludido, pero indeciblemente callaba que el tesoro más importante de España lo tiene la Iglesia, que cada catedral es un banco con las arcas bien repletas, que tan sólo las ropas con que visten a las estatuas valen millares de millones, que las coronas, los cálices, las arcas de oro y diamantes, podrían atender a los naufragos de la sociedad, víctimas de Franco... y de la Iglesia.

«Si el Cristo de los franquistas fuera el verdadero... ¿Y cuál es el verdadero? Porque en nombre de Cristo la santa inquisición martirizó y asesinó a muchos hombres, porque en ese mismo nombre asesinaron a Servet, porque bajo la protección de Cristo millares de seres han perecido en las guerras santas y ateas.

El cura de Etchevarri ha dicho media verdad que nosotros suscribimos y ampliamos con la otra media verdad, para que la verdad sea una y para que nadie comulgue con ruedas de molino.

Juan PINTADO.

La fuerza de la acción

Las minorías, por su acción grande o pequeña, son las que hacen reflexionar a los más pudientes hombre de Estado. Por ellas, el pensamiento de las multitudes esclavizadas se manifiesta y presiona hasta en las decisiones que toman los llamados «grandes» Estados. Sin ellas, los trabajadores serían smectidos a peores servidumbres de las que vivieron sus antepasados.

Por Bernardo Pou

Por la acción individual y colectiva de los trabajadores el progreso social, científico, se abre paso pese a todos los obstáculos. Es esta insurgencia canalizada la que hace retroceder a los tiranos, lentamente, pero firmemente, como firme es la acción. Si no adelanta más a prisa la humanidad en su evolución social, es porque la mayoría de los hombres desprecian la acción por atavismo de obediencia servil al despotismo.

La acción individual se entronca con la colectiva basándose en el principio de solidaridad, que es unión fraternal más allá de todas las fronteras políticas. Esta solidaridad, con las esencias vitales que la rodean, resiste a todos los vendavales, como el roble en el bosque desafía las tempestades. Con sacudidas más o menos violentas, la clase obrera conscientemente, extiende su fuerza secular, inundando los campos de la explotación tiránica, con su savia, el perfume de su ideal, la sangre de sus mártires.

El ideal, como la flor de los campos, para abrirse paso, ser fecundo y embellecerse, no tiene necesidad de ser único. Todos los ideales de libertad encuentran su expansión en la diversidad de los distintos conceptos tácticos del anarquismo revolucionario. Así como la suavidad de las lilas no mengua para nada la finura de la rosa, ni atañe a la dulzura de la violeta, ni siquiera a la fragilidad del jazmín, los ideales se confunden, se armonizan y embellecen la lucha por la emancipación integral.

Si diversas son las formas de nuestra lucha por la Libertad, variados pueden ser los conceptos, los matices, en cada pueblo. Negar esa multiplicidad es caer en el sectarismo de un dogma. Todo dogma cierra la válvula del progreso, estanca la civilización.

El fondo esencial debe ser unidad de acción y de pensamiento. Por la acción directa marchan los productores hacia su emancipación. La acción directa tan criticada, tan vituperada por el reformismo de todas las escuelas políticas, es la que favorece la lucha por la conquista de mejoras inmediatas, al poner coto a los desmanes de los usurpadores de la riqueza social; es la que fortalece las posiciones conquistadas al capitalismo; es la que obliga a los gobiernos a legislar una que otra ley en defensa de los derechos del obrero.

El fracaso de los partidarios de la colaboración democrático-social no puede ser más evidente. Ahí

tenemos los ejemplos de la extinguida Sociedad de Naciones, de la actual O.N.U. Donde se fraguan las peores combinaciones con miras a que perdure la rivalidad entre pueblos para la mejor explotación de la ignorancia de los trabajadores.

Franco, triste y sanguinario personaje, puede aún someter al pueblo español a su despotismo por el apoyo del reformismo de las organizaciones sindicales remolcadas por los políticos.

Si en todos los países las organizaciones obreras emplearan la acción directa, como una estación de nieve se hundirían todos los despotismos al simple calor y juego de la solidaridad universal.

Si el fracaso de los que esperaban una determinación de la O.N.U. para terminar con el «caudillo» en España, les ha servido de lección, tienen que tener un profundo arrepentimiento por no haber seguido las directrices de la Confederación Nacional del Trabajo.

Si los políticos españoles—y otros—hubiesen secundado moral y económicamente la lucha revolucionaria de la C.N.T., hoy la O.N.U. hubiera reconocido en los exiliados españoles—en la resistencia activa del interior—una fuerza con la cual debe contarse para resolver la cuestión.

No lo han hecho, no lo hacen. Peor para ellos. Más grande será el desprecio de las generaciones actual y venideras. La C.N.T., por la acción directa, liberará España, hundirá a toda la reacción entronizada en el régimen despótico que impera en el país.

Resultado deportivo

En el partido de fútbol celebrado en París entre los equipos de Francia y España, ha habido de todo.

Se dice de un espectador franquista que paró con su nariz sentada y cinco «penalties» rojos.

Se habla de un fotógrafo del «caudillo» que se comió el Kodak.

Se menciona a un refugiado que coleccionó banderitas bicolors y repartió golpes a discreción.

Se dice que tocaron un himno que nadie oyó, y se habla de que los franquistas no quieren la revancha en campo neutral.

Todo esto no nos extraña, puesto que, a fin de cuentas, no existe la menor duda de que los muy deportivos falangistas saben encargar mejor las botifaditas que los goles.

Proyecciones de los EE. UU. en el presente

Esta noche no necesitamos de la lluvia torrencial para que nos sorprendiera la maugrada dancote a la sin nubes y a los meñinges. Como alguien recordara el tema de aquel otro viernes lluvioso, enderezado hacia el futuro del mundo bajo la hegemonía de uno de los dos colosos actuales: Rusia y Estados Unidos, alguien propuso traer al presente la proyección de este país, ya que en él vivimos. Como se aceptara por unanimidad, se largaron amarras al juicio, no para que se dejara llevar por los vientos de la simpatía personal de cada uno, sino para que orientara su derrotero con la brújula de la justicia y el timón de la verdad, de la justicia como la entendemos, y de la verdad que nos es conocida.

—Yo creo—dijo uno de mis con-

tertulios—en lo que llaman «justicia inmanente»; si les parece poco científico, digamos: «la ley de la armonía universal»... en el fondo es lo mismo! De acuerdo con esa fe, o esa ley, cuando hay exceso de maldad en determinado momento histórico, acuden elementos de bondad en abundancia para restablecer el equilibrio, porque la misma ley rige los fenómenos invisibles, palpables, audibles o medibles, que los escapan a nuestros sentidos animales y a los aparatos inventados para reforzarlos, afinarlos y agigantarlos. A la noche sucede el día, y a la tormenta el sol, al invierno la primavera... y así por el estilo.

Las series negras, muy largas o muy intensas, anuncian la proximidad de la aparición de, por lo menos, un rojo, dicen los expertos jugadores de ruleta, y la experiencia de años les da razón. Lo mismo sucede en la vida de los hombres, tomados individualmente o colectivamente, en forma de pueblos o naciones.

La serie negra de nuestro tiempo, empezó a ser visible en 1914, pareció atenuarse hasta la famosa marcha de Roma, de Mussolini, para acentuarse desde entonces y extenderse por el mundo entero hasta culminar en la sangrienta, despiadada e inhumana segunda guerra mundial, con los horrores del hitlerismo en Occidente, los del militarismo nipón en Extremo Oriente, y la degradante nivelación en el inmenso territorio intermedio, desde el estrecho de Bering hasta los ríos Dnieper y Vístula.

La serie no se interrumpe con la victoria de quienes ganaron la segunda guerra mundial en forma tan atroz, arrasando naciones enteras y borrando de la vida geográfica a grandes ciudades, pero su negrura tiende al

gris. Tanto la victoria, sea como sea, como el deterioro de la negrura, se deben a la misma voluntad, al mismo poder, al mismo pueblo, al mismo gobierno: Estados Unidos de América. Sin la intervención de Estados Unidos (y no vale la pena averiguar cómo y por qué para defender mi tesis) el huracán totalitario habría aplastado al mundo entero, aventando hacia siglos por venir, cuanto hacia digna la vida humana, aunque estuviese aún muy lejos de la dignidad deseada. Creo que esto es innegable; los hechos son testigos.

—De acuerdo, pero todavía estamos en ayer, y el tema se refiere

que todo lo que acabamos de oír es rigurosamente cierto. Hasta el Plan Marshall, tan criticado, a veces con razón, produce innegable beneficio a las poblaciones de una gran parte del mundo, aun en el caso de que sus autores hayan perseguido finalidades totalmente ajenas a la caridad desinteresada, a la solidaridad humana espontánea. Aunque el fin político confesado abiertamente, haya sido el de levantar un dique a la avalancha soviética, no por ello obtuvieron menos ventajas inmediatas los pueblos elegidos para desempeñar el papel de los elementos constitutivos de ese dique. ¿Y hay alguien que todavía

Por Alejandro Sux

ahoy, esta noche, como a otra mañana—dijo alguien en nombre de todos.

—Allá voy—continuó el perorador—pero sin el precedente, no es fácil aclarar y completar el testimonio o la afirmación que se nos pide. Gracias a Estados Unidos, se salvó lo salvable, y gracias a Estados Unidos, seguimos el salvamento. La Humanidad tiene la suerte inaudita de que exista Estados Unidos, y que Estados Unidos sea lo que es como nación, como pueblo... y hasta como gobierno... a pesar de sus imperfecciones y errores evidentes! Si los medios de que dispone Estados Unidos, estuviesen en otras manos... ¡el cielo del presente estaría más negro que nunca!

—Si apartamos, como la otra noche al tratar del futuro, los elementos circunstanciales que encoquecen, deforman y malean las actuaciones de Estados Unidos, debemos reconocer, honestamente,

deseo gozar del máximo de libertad individual posible, capaz de negar que la edificación de ese muro defensivo es inútil? Se acusa al capitalismo de dirigir la campaña; es seguramente cierta la acusación, y la actitud del capitalismo, normalísima. Es también innegable que todo Estado es instrumento del capitalismo, pero cuando el Estado y el capitalismo no son una sola cosa, como lo son en los regímenes totalitarios, el individuo y las asociaciones de individuos, tienen el derecho, la posibilidad y la capacidad de para combatir a uno y a otro, mientras que cuando se realiza el capitalismo de Estado, es imposible y mortalmente peligroso intentarlo siquiera.

—Ayer, precisamente, en la Columbia University de esta ciudad, nada menos que el general Eisenhower, actualmente presidente de esa Universidad, reafirmó su fe en el triunfo de los ideales ins-

Es decir que Eisenhower admite la posibilidad de cualquier evolución basada en la libertad individual, y como él afirma que el Estado debe ser el criado del individuo, admite también la posibilidad de eliminar ese criado caro, indisciplinado, maniático y exigente, cuando aparezcan individualidades suficientemente evolucionadas y existan en la tierra los elementos adecuados para que el individuo viva sin criado.

La declaración del militar que ganó la guerra contra el totalitarismo negro, pardo y amarillo, es una afirmación de valor extraordinario; el general Eisenhower condena la intromisión del Estado en la vida del individuo y desea, como los fundadores de este país, que «el gobierno gobierne lo menos posible»... como dijo otro general norteamericano: Jorge Washington. «Todo esto no son proyecciones de Estados Unidos sobre el presente? [Todo esto forma parte de la gran batalla que continúa contra las dictaduras, negras, pardas, amarillas o rojas! Téngase en cuenta que la prensa de Estados Unidos, con excepción de la comunista (naturalmente!) demuestra su completa solidaridad ideológica con el actual presidente de la Universidad de Columbia. Felizmente para la Humanidad, tras estas palabras y esa solidaridad, está la potencialidad económica, técnica, científica e ideológica de un país como Estados Unidos, donde puede predominar circunstancialmente la voluntad estrecha y los intereses mezquinos, pero donde ni la una ni los otros pueden eternizarse... ni siquiera durar una generación. Eisenhower cantaba la estrofa inicial de La Marsellesa cuando pisó tierra europea al frente de sus soldados: «Contra nosotros se ha levantado el sangriento estandarte de la tiranía...» Como Bonaparte abatió a ese estandarte... y se aspiró a ser Napoleón; los actuales hombres del Kremlin basan su propaganda antiamericana en la evolución del libertador en opresor, del general del pueblo en emperador, pero jamás revelan que el general Eisenhower, después de vencer a las dictaduras, preside los destinos de la Universidad más prestigiosa de Estados Unidos, y que en ella hace declaraciones como las de la otra mañana. Si hay un imperialismo americano, es el de la Libertad... ¡se está luchando para que impere la libertad en el mundo!

—Así es, y todas las injusticias de detalle que se hayan hecho, y todos los abusos cometidos, y todas las protecciones dadas sin ton ni son, y todos los enriquecimientos particulares realizados a la sombra del Plan Marshall, de la ocupación norteamericana o de lo que sea, no empañan el brillo global de la proyección americana en el presente de nuestra época. Cuando la perspectiva histórica purifique a los acontecimientos a través del filtro del tiempo que disuelve impurezas, se dirá que el hombre, como entidad, se salvó del aniquilamiento porque existió Estados Unidos.

—Mientras la Libertad se desprecia en la mayor parte del mundo porque sin la seguridad es un fantasma, aquí aumenta su prestigio precisamente porque se la está robusteciendo con la seguridad el lema de Estados Unidos, arriba y abajo, es hoy: ser libre y estar seguro de poder gozar de esa libertad. En otras partes se encierra al individuo en el cárcel del Estado, para estar seguro; el Estado se preocupa tanto de la seguridad deseable sin el goce de la libertad. Aquí la seguridad aumenta sin que la libertad disminuya; en la Unión Soviética aumentará la seguridad... ¡pero la libertad desaparece como una sombra!

Todo esto, y mucho más, dijimos anoche, sin que nos retuviera el temor de ser oídos por los vecinos; en muchas partes del mundo ello no hubiese sido posible.



Saetas desviadas

El diminuto «Sagitario», que capitanea Mario Aguilar, expone ideas sorprendentes.

Ahora no se le ha ocurrido ni más ni menos que lanzar sus saetas hacia las cajas de caudales de los países que reconocen al parisino gobiernillo español. Se trata de que Albornoz y sus comensales en el banquete del exilio (de primera categoría), traten de obtener un empréstito de los gobiernos «amigos», aumentado por aportaciones de la F.S.M., de las Trade-Union, de la Masonería y de los partidos de izquierda del mundo entero.

«Sagitario» es una genialidad. Ahora que don Alvaro y compañía acaban de roer los huesos del tesoro español, sale un refugiado—la excepción de la regla—calentándose los sesos para encontrar una fórmula capaz de asegurar los flujos de los señores que se han comido hasta la vajilla de plata que trajeron del palacio del Pardo.

No cabe duda de que todavía hay quien suena, bajo el cielo de Montpellier, en cosas extraordinarias.

¿O acaso no es extraordinario creer en la posibilidad de que los augustos caballeros de la orden del trabuco hagan algo capaz de beneficiar a nuestro pueblo? El mismo «Sagitario» lo dice: «La gestión de Trifón Gómez (en el ministerio de Emigración) costó 3.300.000 francos, mientras que la de su sucesor (Torres Campana) no pasó de 3.874.000 francos».

Curioso a más no poder, porque, que nosotros sepamos, el ministro a que alude «Sagitario», ni los demás ministros, han destinado al interior ni un centimo. ¿No le parece a «Sagitario» que esos nueve millones, gastados por un solo ministro en dos gestiones, le hubieran sido muy útiles a la resistencia? ¿No cree «Sagitario» que los presos de Ocaña, de San Miguel, de la Modelo, etc., etc., hubieran sido beneficiados y que su tormento habría podido ser disminuido? ¿No opina «Sagitario» que ambos señores pertenecen a la misma categoría.

Sería curioso obtener respuesta de «Sagitario». Sería verdaderamente curioso leer entre líneas qué es lo que «Sagitario» busca, y saber, a ciencia cierta, si los países «amigos» son los que forman la constelación de Moscú. Sería doblemente curioso obtener de «Sagitario» una puntualización seria, en torno a lo que significa ese furibundo «gobierno de fuerza».

El problema del exilio merece más claridad, más crudeza, más realidad. Trifón y Torres son dos, no distintos, iguales, porque ambos han dilapidado el oro español. ¿A qué rima la diferenciación? El uno cinco, y el otro tres. ¿Y el total? Porque el total es lo que cuenta y el total tiene idéntico origen e idéntico empleo.

Nada de fechas con punta de corcho y plumas de avestruz. Puntas de acero templadas en el fuego de nuestra resistencia, en el martirologio de nuestro pueblo, es lo que hace falta y es lo que debemos crear.

La resistencia actúa en la península, y a la península hay que llevar ese apoyo que se quiere buscar, sin más intermediarios que la propia resistencia. ¿Haber si «Sagitario» encuentra algo por el puerto de Odesa? Con lo que por allí hay, la resistencia tendría bastante.

Mucha indignidad preside los actos de los políticos españoles para que nadie, a estas alturas, crea sinceramente en la posibilidad de que ellos puedan orientar la lucha en España. Es de la base de nuestro exilio, es de los trabajadores, de donde han surgido los millones que han ayudado hasta hoy a la resistencia, y es de ahí mismo de donde surgen los nombres que secundan a nuestro pueblo en su lucha por la liberación de España.

Franco se tambalea porque su régimen no ofrece garantías a nadie, y no ofrece garantías porque el volcán silencioso de la resistencia, de vez en cuando, lanza bocanadas de fuego y de lava. ¿Qué otra razón puede existir? ¿Acaso rojos y blancos no han reconocido a Perón? Lo mismo habrían reconocido a Franco si el eco de la protesta del pueblo español no hiciese vacilar, no las mesas de un restaurante parisino o neoyorquino, sino el trono del verdugo de España.

Ha habido momentos en que las saetas bien lanzadas podían haber hecho mucha huella en el ánimo de los potentados del exilio. Ahora no se trata de asegurarles de nuevo el «modus vivendi». Se trata de pensar en la resistencia. Se trata de ayudarla. Por eso finalizamos este breve artículo, diciendo: «Saetas, sí; pero al corazón del problema, sin desviaciones voluntarias o involuntarias».

Jean Valjean.

El bastión de los vencidos

En la lucha y aceptación de ideales de dignificación humana y del vivir más honorable y justo del que suele prodigarse, se reclama algo que no todos poseen con la abundancia y renovación del caso.

Cuanto más desinteresados y nobles sean los postulados de esa lucha, tantos más sacrificios se exigen o deben aportarse para su cumplimiento.

De ahí que, si no incluye en los adeptos, una comprensión y una convicción fundamentada y eficaz, afectiva y voluntaria, peligra la constancia y permanencia en la brega, puesto que falta el motivo fundamental para sostenerla, soportarla y enaltecerla hasta el sacrificio si ello es demandado en el fragor combativo.

Y llegado el momento de la retirada, comprensible y deseada si falta el vigor inicial y la voluntad de combatir, es de apreciar que no sea vergonzosa, humillante o contradictoria, como en distintos casos se ha dado, pues que el cansado repose, el inepto se abstenga sin estorbar, que el vencido no marche su derrota con cabeza, es lo que menos se puede esperar de

los que hayan pasado por el campo o por los campos de cultura, de la ciencia, del arte, de las visiones luminosas de otras lucubraciones esperanzadoras.

Pero, no siempre ocurre así, no obstante, y son muchos que quieren justificar su fracaso, su incompreensión o su ineptia, reduciéndose en otros campos y en batallas que equivalen a una negativa vergonzante de su incapacidad de aprecio, de su mediocre inteligencia anterior, y lo que es peor aún, de que buscaron en sus supuestas luchas rebeldes, una egoísta labor de interés particular, siendo así que, al retirarse, nadie les exige justificarse, a no ser cuando se ha cometido faltas o fallas de un orden que escapa a lo honesto, correcto y digno.

El comunismo político, o stalinismo servil, nutrido está de fracasados e ineptos para concepciones superiores que antes decían abarcar, y en este bastión acomodaticio, especulativo y de línea, se sienten a gusto porque satisfacen su inercia mental y les promete la quimera dorada que se imaginan asquibale cómodamente, ya que su afán egolátrico, que fué lo que les llevó a adular a multitudes o grupos, buscando satisfacer su vanidad de rabadanes, puede verse satisfecha sino en total sí en parte, y es por esto que hemos visto apoyar tales lemas en buen número de combatientes de ideales superiores incomprensidos o hurtados en mente.

Otro de los reductos acogedores para cansados o fracasados, es el de las religiones o misteriosas y verbalísticas lucubraciones de neorrituales como el espiritismo, el teosofismo, logosismo, etc., teorías o «doctrinas» muy cómodas para escabullirse de compromisos. Y los que se acogen a tales «ideologías», tal vez sean los menos dañinos, ya que su influencia es relativa, pues su acción va a la inocuidad pasable por la misma razón de su vaguedad y compleja visión cómoda.

En los distintos continentes y en las naciones donde más se bregó por los ideales de superación rebelde, hemos podido, en el transcurso de medio siglo, apreciar fallas de hombres que tuvieron su momento de «snops» revolucionario y acrático, y ellos se desintegraman, como vimos, en distintos sectores de la actividad combatiente y actuante en política, letras u otros menesteres. Guardémosnos de que esto no melle más los ideales que debemos defender de malentendidos.

Servir de escabel para preparar algunos vivos, es una función bien triste.

Y ello ha ocurrido en Alemania, Francia, Italia, España, Argentina, etc.

Menos mal cuando esa transfusión de actividades no ha significado la argumentación falaz de una disimulada cobardía. Pero ya no es lo mismo cuando se quiere parar con lucubraciones de dudosa sinceridad.

Por ese camino hemos visto desfilar centenares de figuras, algunos de relumbón en sus momentos destacados, que son precisamente, cuando más afectan a los que se inician en ideales que estiman de sinceridad y generosa entrega.

Disculpésemme que no alargue esta nota con nombres, pero sí, permítaseme que llame la atención de quienes seben no ser incautos, a fin de que en el bastión de los vencidos no aparezcan las fallas de la intriga y del menosprecio que humille a los que quedan en el campo de la actividad creadora y rebelde.

Lo menos que puede desearse de los caídos, es su silencio inocuo y resignación.

Victoria ZEDA.



Creer que toda la filosofía anarquista queda encerrada en turbabundos improperios contra la sociedad;

Creer que es anarquista el solo guardador de carteles, fiestas, charangas y pasacalles electorales;

Creer que se es libertario reclamándose del futuro, un futuro lejano, vago e impreciso como una bienaventuranza;

Creer... Creer que con creer, con sólo creer, con los ojos cerrados y tapada la mente, se está bien con el santo de nuestra devoción;

Creer en todo esto es ignorar: ignorar que cada hombre tiene el deber del esfuerzo y cada hora tiene su afán.

Que no se levantaron puntos, ni se domeñaron los rios, ni se forjó el bagaje de nuestra cultura con oraciones;

Que la vida es movimiento eterno, esfuerzo cotidiano, empeño y voluntad constante de progreso y superación;

Que nada se le otorga al hombre sin que ponga de su parte, que nada se crea por arte de magia ni surge por generación espontánea;

Que no existe satisfacción mayor que la del deber cumplido, ni deber más sagrado que aquel que nunca quedó escrito sino en el propio acto realizado;

Que así como el único cielo es la tierra, la única felicidad es la que somos capaces de forjarnos hoy;

Que confiar nuestra esperanza en la transformación de mañana, es malograr el mañana y perder el tiempo hoy;

Que no existe diferencia entre soñar ocioso en el futuro y someternos a la tiranía de segundas personas en el presente. — X.